

Sección Bibliográfica

A cargo de Oscar Uribe Villegas, de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional

POSE, ALFRED: *Filosofía del Poder*, traducción de Vicente LASCURAIN. Editorial Intercontinental, S. A. México, 1951.

NACIDA de un intento consciente por resolver uno de los puntos más importantes para la problemática de nuestro tiempo, esta obra puede considerarse como un ensayo magistral, admirable por la serenidad académica con que se encarán las dificultades que actualmente plantea una fundamentación filosófica del poder. Es el suyo un academismo que no cae en esterilidad por apartamiento de la realidad, y que sí evita, en cambio, la emisión de juicios precipitados y erróneos acerca de las realidades del gobierno en general, y del gobierno francés en particular. La serenidad del autor nos resulta mucho más apreciable si tenemos en cuenta que él mismo contempló la arremetida que las convicciones sociales y políticas del pueblo francés sufrieron ante la invasión hitlerista, la cual —con su triunfo— parecía haber demostrado su eficacia en cuanto a las tareas de cohesión dentro del grupo humano y a las de dominación hacia el exterior; eficacia que parecía invitar a los franceses a transtocar sus valores políticos por los de sus tradicionales enemigos de allende el Rin, que parecía sugerir un cambio de los ideales democráticos en crisis por los victoriosos conceptos totalitaristas.

En 1940 como en 1942, la Historia se encargaba de plantear problemas a la Filosofía que no podía pasar de largo sin resolver esas crisis de valores que en el siglo xx como en el siglo xv se le planteaban. Si

el descubrimiento de América hizo imposible la actitud dogmática que consideraba que el hombre es siempre capaz de conocer la verdad (y la Verdad Absoluta), la caída de Francia ante los ejércitos del Führer hizo que la fe democrática, la inclinación individualista y la alta estima por la dignidad humana no pudieran considerarse ya como incontrastablemente colocadas en el pináculo de las valoraciones sociales; fué causa, en fin, de que surgiera la duda acerca del valor que debería otorgarse a los principios básicos de la democracia.

Ante esa duda atrozante para el espíritu francés, Pose se cuidó mucho de no juzgar precipitadamente, y se propuso el problema no ya achacando la caída de su patria a la ineficacia de su régimen político tomado como un todo, sino tratando de investigar cuáles raíces de ese árbol que había dado tan magníficos frutos en el pasado, estaban dañadas en el presente, a fin de extirparlas y evitar que impidieran su desarrollo en lo porvenir. Para ello, orientó su estudio en dos sentidos: primeramente, en una dirección puramente teórica, fundante de sus conclusiones; en seguida, en una dirección histórica que rectificaría o ratificaría a la primera y que —como en realidad ocurrió— habría de dar su aporte a las conclusiones obtenidas por el mero análisis teórico, ya que pudo darse cuenta de que toda lucubración sociológica nacida en el aislamiento de un laboratorio y no confrontada con la realidad, se convierte a la postre, en un castillo de naipes que fácilmente se desmorona.

En el aspecto teórico, Pose muestra que el problema central del gobierno radica en la conciliación de dos términos que han permanecido hasta aquí como antinómicos o antitéticos: el individuo y la autoridad. El individuo reclama cada vez mayores libertades, mientras que la autoridad exige, de día en día, mayor sujeción a fin de lograr la cohesión grupal, mantener su bienestar y conseguir su progreso, de tal forma que sus tendencias aparecen como inconciliables y, quienes tratan de lograr la conciliación final de estos términos marchan en busca de un bien que —de encontrarse— será para la Humanidad más valiosa que todos los logros de la Medicina o las creaciones del Arte, porque la armonía entre esas dos entidades es condición prima, fundante de toda actividad individual o social, así como también es condición previa para que la Cultura marche sin tropiezos hacia su meta lejana e imprevisible. En esta forma, el autor se coloca junto a Berdiaeff y otros muchos pensadores que han considerado que la tesis marxista yerra al considerar que la escisión de la sociedad se produce única y exclusivamente por una lucha de clases,

olvidando que aún cuando ésta puede existir, la pugna primaria y fundamental para la supervivencia de la Humanidad es la que se entabla entre el individuo hambriento de mayores derechos que reclamar y la autoridad apetente de mayores deberes que imponer.

Para equilibrar los dos términos de la antinomia política (autoridad-individuo) no basta recurrir a la razón según lo pretendía la Revolución Francesa que substituyó el poder sagrado de los reyes por un poder de razón emanado del pueblo, sino que hay que tener en cuenta las soluciones que nos brinda el sentimiento, ya que este "es esencial porque las nociones de libertad, de justicia, etc., son esencialmente subjetivas". Con esto, nuestro autor introduce en la filosofía política esa dirección de la filosofía general y de la antropología filosófica que consideran que el hombre no es conforme al "egoísmo esclarecido del siglo XVIII" única y exclusivamente un ser pensante sino una entidad trifacética que piensa, siente y quiere, de tal modo que quien desconoce u oculta una de estas facetas de la personalidad humana destruye lo que ésta tiene de esencial y, por lo mismo, todas las conclusiones psicológicas, políticas o sociales que fundamente en tal supuesto quedarán automáticamente invalidadas. Pose trata de reintegrar al cuadro político este concepto del individuo humano poniendo énfasis en el sentimiento, porque la razón ha obtenido reconocimiento universal, y la voluntad está implicada necesariamente en el concepto político.

Pero "¿cómo devolver al sentimiento su lugar en la ciudad, recrear una sociedad política cuya élite sea dura consigo mismo, imbuída de sus deberes, nimbada por la ternura humana, y que gobierne sin oprimir a la masa que la admira, la respeta y la ama?" A dar respuesta a esta pregunta, o mejor aún, a buscarle una respuesta a la interrogante que él mismo abre, dedica el autor la segunda parte de su libro, o sea la histórica en la que considera que la historia política de Francia puede resumirse en varias etapas que se inician con la existencia de un poder sagrado al que suceden: un poder de razón, uno que se basa en el concepto del hombre-dios, el que se fundamenta en el concepto del estado-dios y aquél en que ambos conceptos entran en pugna. El propósito de este análisis y establecimiento de una secuencia histórica es el lograr que la solución dada al problema nazca de las mismas líneas evolutivas del pensamiento y de la realidad política francesa y que no sea un injerto que, por ajeno, no "prenda" ni fructifique.

Dicha secuencia le hace reconocer en los regímenes del pasado francés un elemento sentimental que la Revolución Francesa cortó casi de cuajo, haciendo que la historia política de Francia perdiera su unidad, como pierden su unidad todos aquellos pueblos que no cuentan con un elemento que integre todos los cambios históricos, de tal modo que la marcha de la nación desde su más remoto pasado hasta los días corrientes, parezca orientada en una sola dirección prefijada ab eterno y por lo mismo segura y magnífica, aún cuando en la realidad esa nación haya cambiado la dirección de sus pasos en infinidad de ocasiones. Ese símbolo vivo que debe tener otra función que ser un elemento prestigioso, encarnación del destino histórico de un pueblo, puede ser, según el autor que comentamos, o una dinastía o un consejo de los miembros más virtuosos y más ancianos del país de que se trata.

En este marco sobriamente diseñado, hace lucir Pose páginas esclarecedoras en todos sentidos, diseños magistrales respecto del ambiente electoral, de las necesidades técnicas del gobierno en general y de los titulares de un gabinete en particular; subrayados magníficos acerca del usurpador (cf. Benjamin Constant) frente al miembro reinante de una dinastía, así como ceñidas distinciones teóricas de repercusiones incalculables, según es el caso de lo que hace respecto a la libertad y la justicia, la libertad y el derecho, ya que se encarga de demostrar no sólo que las dos primeras son enteramente distintas, sino que no existe un "derecho a la Libertad" sino "derechos a la liberación de determinados males"; pero, asimismo, se encarga de señalar que "la evolución de la libertad hacia la liberación acaba por poner en peligro la independencia frente al poder, que es la característica esencial de la libertad."

La obra, en cualquier sentido que se le considere, es magnífica: sus direcciones metódicas cuidadosamente pensadas y valoradas, su esquematización tanto teórica como histórica desprovista de sequedad, sus aportaciones introducidas sencillamente sin el propósito de abrumar snobistamente con su número o con su inflazón, así como el referirse a problemas que a todos nos torturan y que importan a la Humanidad entera, hacen de este un libro inestimable.

IBARRA, Carlos M.: *Teoría de México*. Puebla, 1943.

Ciento noventa y cuatro páginas constituyen este libro que —a menudo— nos sume en perplejidades pues sus conclusiones han resultado